

habían aún atravesado enteramente el puente de Almaraz. El duque del Parque formaba con la caballería la retaguardia del ejército enemigo. El valiente y entendido Lassalle (1), persiguiendo á los españoles con ímpetu, les dió repetidas cargas y les quitó doscientos caballos en un encuentro. Desgraciadamente el 10 de cazadores se dejó sorprender al día siguiente y perdió sesenta y dos jinetes, que mutilaron los españoles del modo más atroz después de haberlos muerto (2). Nuestros soldados, que hallaron por el camino las inequívocas y tristes pruebas de aquella ferocidad, juraron vengar á sus compañeros y cumplieron terriblemente su promesa de allí á pocos días según vamos á referir.

Mientras no acabase el paso del puente de Almaraz no podía el mariscal Víctor avanzar con resolución al Guadiana. Terminada esta operación del 24 al 25 de marzo y reforzado el mariscal con los dragones de Latour-Maubourg, encaminóse á las riberas del Guadiana y le atravesó en Medellín. Llegado que hubo á este puente, tuvo que destacar alguna infantería y caballería para proteger sus espaldas y contener á las partidas que en torno suyo se formaban en las ásperas montañas que acababa de atravesar. Dejó en Trujillo unos cuantos holandeses destacados de la división Leval, y privóse de dos regimientos de dragones, uno para observar el camino de Mérida y otro para vigilar las montañas de Guadalupe, infestadas de guerrillas. Destacadas estas fuerzas, quedábanle tan sólo de diez y ocho á diez y nueve mil hombres; pero eran tropas de tanto valor, que no había que temer por su escaso número.

El general Cuesta, que afectaba una superioridad sobre la junta y sus compañeros de armas que en un principio nadie le había concedido, pero que en aquellas circunstancias se le permitía por los reveses que habían sufrido los otros generales, no podía ya seguir retrocediendo á menos de verse igualado con los mismos á quienes menospreciaba. Por otra parte si daba un paso más, perdía, además de la línea del Tajo, la del Guadiana, y dejaba descubierta á Sevilla, foco de la insurrección y último asilo de la lealtad española. Informado de que el mariscal Víctor llegaba muy debilitado, y reforzado él con la división de Alburquerque

(1) Vimos en el libro precedente al general Lassalle figurar con distinción y morir noblemente en la orilla del Danubio. Para comprender cómo pudo en épocas tan próximas hallarse en dos teatros tan diferentes, conviene saber que dejó á España pocos días después del paso del Tajo y de la batalla de Medellín, esto es, á fines de marzo. La necesidad de volver atrás para anudar el hilo de los sucesos de España, ocurridos al mismo tiempo que los de Austria, nos obliga á traer de nuevo á la escena á un oficial cuya heroica muerte hemos ya referido. Este aparente anacronismo se desvanece consultando las fechas. Muchas cosas que ocurren simultáneamente en la naturaleza tienen forzosamente que ser sucesivas en la narración. Esta es una de las grandes dificultades de la composición histórica, que advertimos con este motivo. (N. del A.)

(2) Convenía no pasar en silencio que al salir de Trujillo el general Cuesta con dirección á Santa Cruz del Puerto, la vanguardia española, que mandaba don Juan de Henestrosa, tuvo un choque con la caballería enemiga, y la rechazó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Es cierto además que el regimiento francés número 10 de caballería ligera fué derrotado y acuchillado por nuestros regimientos del Infante y de Almansa, que le mataron más de ciento cincuenta soldados; pero no parece probable que una tropa tan valiente y escogida se detuviese después de la victoria á cometer las bárbaras mutilaciones que Mr. Thiers supone. (N. del T.)

que acababa de ser destacada del ejército del centro, reuniendo entre todos treinta y seis mil hombres los más bien organizados de España, creíase en el caso de dar la batalla, por cuanto tenía justamente doble fuerza que su adversario. Con este propósito se apostó detrás del Guadiana, al otro lado de la impetuosa arroyada de la Ortigosa, en una posición bastante ventajosa para recibir á los franceses. No podía en verdad haber tomado resolución para ellos más favorable ni más acomodada á su inclinación é intereses.

El mariscal Víctor, dueño de Medellín que sin dificultad alguna había entrado, tenía segura la posesión del Guadiana y podía sin inconvenientes pasar adelante. Pasado que hubo el río el 28 de marzo de madrugada, descubrió en breve á su izquierda al ejército español, en parte oculto por las sinuosidades del terreno, y al parecer más dispuesto á avanzar que á retroceder. Holgóse mucho de ello y resolvió acometerle sin tardanza. Para esto había que atravesar el torrente de la Ortigosa, que desagua en el Guadiana algo más arriba de Medellín, lo que hizo el mariscal Víctor sin titubear con las dos terceras partes de su ejército. Dejó en el puente de Ortigosa, al lado de acá del torrente, la división Ruffin para que hiciese cara á un grueso destacamento que por dicho lado asomaba, y se adelantó con Lasalle, los alemanes, lo que le quedaba de los dragones de Latour-Maubourg, la artillería y la división Villatte, formando entre todos unos doce mil hombres. Atravesado el Ortigosa descubriase una dilatada mesa, que empinándose un tanto hacia nuestra derecha, quedaba deprimida hacia nuestra izquierda y terminaba en llanura cerca de Don Benito. Divisábase tan sólo el borde de esta mesa y la parte de ejército español que la coronaba, quedando el resto oculto por el declive del terreno. No tardó el mariscal Víctor en tomar sus disposiciones (3).

Para trepar al borde de la mesa envió por la derecha á Latour-Maubourg con dos batallones alemanes y diez bocas de fuego, haciendo los apoyase el 94 de línea de la división Villatte. Debían estas tropas tomar por asalto la mesa y arrollar á la parte de ejército español que en ella se descubría. A la izquierda, donde bajaba el terreno hasta Don Benito, y donde se advertían también masas españolas muy reforzadas, se contentó el mariscal con enviar á Lasalle asistido de su caballería ligera y de los dos batallones alemanes que le quedaban. Formó al centro en batalla los regimientos 63 y 95 de la división Villatte en columna cerrada, y además el 27 ligero un tanto á la derecha para que se enlazase con Ruffin. En seguida dió la señal á Latour-Maubourg, esperando el efecto de este primer ataque para adoptar otras disposiciones.

Treparon los alemanes con serenidad, siguiéndoles sus diez bocas de fuego y los cinco escuadrones de dra-

(3) No se da aquí cabal idea de la posición tomada por el ejército español. Cuesta cometió la imprevisión de desplegar todas sus fuerzas en una sola línea, situando la izquierda en las elevaciones de Mingabril, su centro delante de Don Benito y su derecha arrollada al Guadiana; de manera que no le quedaba reserva alguna con que reforzarse en caso necesario, ni posición ventajosa á la espalda de que pudiera abrigarse. No tenía, pues, nuestro ejército la favorable situación que se supone, ni con mucho la fuerza que se le atribuye. Eran además bisonías la mayor parte de las tropas, y fué indisputable temeridad arriesgar con ellas una batalla campal. (N. del T.)

gones del general Latour-Maubourg; no bien llegaron al tope, descubrieron toda la extensión de la mesa con el ejército español que á lo lejos la ocupaba. Velase á nuestra derecha alguna parte de infantería y caballería, pero á la izquierda se divisaba en la llanura el grueso del ejército español avanzando en masa contra la escasa fuerza de Lassalle, con la intención evidente de interceptarnos el curso del Guadiana.

Al verlo nuestras tropas de la derecha se apresuraron á dar el ataque. Los alemanes, después de haber obligado á los tiradores españoles á replegarse, dejaron que avanzasen nuestras diez bocas de fuego, las cuales, una vez puestas en la mesa, debían producir grande efecto en el terreno que se dilataba en pendiente. En cuanto vió la infantería española nuestra artillería rompió contra ella un fuego precipitado, pero sin orden ni dirección; nuestros bizarros artilleros siguieron avanzando sin turbarse hasta llegar á treinta ó cuarenta pasos de la infantería española, y la inundaron de metralla, á lo que no estaba acostumbrada. Quiso entonces Cuesta disparar su caballería contra nuestros artilleros para que si era posible los acuchillasen sobre sus mismas piezas; pero era la empresa demasiado ardua para jinetes españoles. Éstos, desconcertados por la metralla é intimidados principalmente al aspecto de los dragones de Latour-Maubourg, avanzaron sin ímpetu y como persuadidos de su próxima derrota. Efectivamente, en cuanto se acercaron á nuestras piezas, los embistió por el flanco un escuadrón de dragones, que bastó para hacerles volver grupas. Precipitáronse sobre su infantería, derribándola sin querer al choque. Cuesta, que era más orgulloso que entendido, pero que tenía tanto valor como orgullo, se metió en medio de sus tropas haciendo los mayores esfuerzos para obligarlas á mantener el campo. Arrollándolo todo por delante los cinco escuadrones de Latour-Maubourg, pusieron en precipitada fuga á infantes y jinetes, y atropellando á la izquierda de los españoles en la pendiente de la mesa la llevaron de batida hasta Don Benito. Sabiendo Latour-Maubourg que con los españoles no se conseguían nunca resultados no persiguiéndolos á cuchilladas, emprendió tenazmente en pos de ellos, sostenido por el 94 de línea que se le había dado al efecto.

Pero si por la derecha todo quedaba concluido, hasta el punto de no quedar en el campo un solo enemigo, no así en el centro y en la izquierda, donde la misma posición se iba haciendo muy crítica. Mientras la izquierda de los españoles huía desalentada, su centro y su ala derecha, que reunían de veintisiete á veintiocho mil hombres por lo menos (1), avanzaban en masa contra los tres ó cuatro mil hombres de Lassalle, que consistían, como queda dicho, en unos cuantos regimientos de caballería ligera y dos batallones de infantería alemana. Conduciéndose Lassalle con serenidad é inteligencia iguales, contenía dando oportunas cargas á los destacamentos de infantería española que más osados parecían, neutralizando de este modo el ímpetu de la masa. Pero los españoles, audaces como siempre cuando se creían vencedores, avanzaban resueltamente con gran

(1) Ya queda dicho que nos atribuye Mr. Thiers mucha más fuerza de la que realmente teníamos, pues todo el ejército de Cuesta no pasaba de veinte mil infantes y dos mil caballos. (N. del T.)

gritería amagando inevitable destrucción al puñado de franceses que delante tenían, y dando por segura la pérdida de nuestro ejército si lograban enseñorearse del Guadiana. Aunque esta esperanza era hartó presuntuosa, por cuanto teníamos nosotros detrás la división entera de Ruffin para defender la línea desde la Ortigosa al pueblo de Medellín, sin embargo podíamos perder la batalla si nos descuidábamos en tomar una resolución definitiva. Era en verdad un exceso de precaución el haber dejado á la parte de acá del Ortigosa toda la división de Ruffin para hacer frente á unas cuantas partidas despreciables; pero todavía teníamos lo bastante con los tres regimientos restantes de la división Villatte y las tropas que Latour-Maubourg no se había llevado en su persecución aventurera, para hacer sufrir una derrota á los españoles.

Tomó el mariscal Víctor con el mayor aplomo todas las disposiciones que podían conducir á un feliz resultado. Mandó á los regimientos 63 y 95 de línea de la división de Villatte encaminarse á la izquierda y desplegarse para detener el ímpetu de la masa enemiga. Mandó á los alemanes hacer la misma maniobra, y á Lassalle cargar á los españoles á muerte hasta que se detuviesen con el despliegue de la infantería. A nuestra derecha, en la mesa, quedaban dos batallones alemanes y diez bocas de fuego que no habían seguido al general Latour-Maubourg; mandóles embestir á los españoles por el flanco por medio de una repentina conversión de derecha á izquierda, y acribillarlos con dobles descargas de metralla y fusilería; finalmente mandó á Latour-Maubourg y al 94 de línea que suspendiesen su persecución y aprovecharan el movimiento excesivamente precipitado que los situaba á espaldas del enemigo para sorprenderle por retaguardia, envolverle y desbaratarle.

Estas disposiciones, dictadas con oportunidad y ejecutadas con ímpetu, produjeron un éxito completo. Los españoles que avanzaban con ciega confianza, animándose unos á otros con su gritería y con el espectáculo de su imponente masa, quedaron atónitos al observar el despliegue de los dos regimientos de Villatte. Este despliegue, ejecutado con sangre fría, aunque en presencia de tropas muy superiores en número, y seguido de descargas sostenidas, contuvo á los españoles, los cuales, no acertando á discernir si tenían delante el ejército francés entero ó tan sólo dos regimientos, empezaron á aflojar el paso, á tirar sin concierto, confusamente y sin tino. Sacando partido Lassalle de su asombro, cargó sobre ellos á fondo y les desconcertó varios batallones arrollándolos unos sobre otros. Rompían en aquel mismo instante el fuego en el ala opuesta las diez piezas de nuestra derecha, que tirando de arriba abajo contra una masa compacta, producían los mayores estragos. No era menester tanto para poner en derrota aquellas tropas inexpertas, cuya resistencia era tan inferior al ardimiento: empezaron á ciar en breve, y á poco, sorprendidas por la espalda con el apareamiento de Latour-Maubourg, cuyo desacierto se convertía ahora en fortuna, se entregaron á un pánico imposible de describir. Desbandáronse en un instante, y diéronse á huir con desorden inaudito. Pero Lassalle y Latour-Maubourg se habían situado oportunamente para sacar el fruto que sólo se conseguía de los españoles imposibilitando-

les la huida, y cayendo sobre ellos con tres mil caballos y en sentido opuesto al de su masa compacta, los acuchillaron desapiadadamente, y exasperados con el recuerdo vivo de los sesenta y dos cazadores asesinados pocos días antes, á ninguno dieron cuartel. No fué la caballería la única que vino á las manos con los españoles; también el 94, que estaba á larga distancia á sus espaldas, alcanzó á una buena porción de ellos con sus bayonetas y los trató sin piedad. En menos de una hora quedaron muertos en tierra nueve ó diez mil enemigos: en nuestro poder cuatro mil prisioneros, diez y seis bocas de fuego, que componían toda la artillería española y una infinidad de banderas (1).

Esta acción, que llevó después el nombre de batalla de Medellín, hacía tanto honor á nuestros soldados como á su general. Dióse en realidad por doce mil hombres contra treinta y seis mil, y quedó como uno de los más sangrientos recuerdos de aquella época, porque jamás habíamos conseguido contra los españoles resultados más decisivos. El desgraciado Cuesta no hubiera podido aquella noche, aunque lo hubiese intentado, reunir un solo batallón. Este brillante hecho de armas llenó de confianza al comandante del primer cuerpo, el cual, si quince días antes vacilaba en avanzar del Tajo al Guadiana, escribía ahora al rey José que estaba pronto á marchar del Guadiana al Guadalquivir, de Mérida á Sevilla, con tal de que se activase el movimiento de la división Lapisse. Envió á Madrid sus prisioneros, pero de los cuatro mil que había cogido sólo unos dos mil llegaron á su destino. Acampó su infantería en las orillas del Guadiana, desde Medellín hasta Mérida, para que pudiese vivir con más holgura, y desparramó por lo lejos su caballería para dispersar las guerrillas y sojuzgar la comarca. Estaba haciendo un tiempo delicioso (28 de marzo): aquella tierra no había sido aún esquilada, y nuestros soldados pudie-

(1) En esta relación de la batalla de Medellín ha encontrado Mr. Thiers un medio ingenioso de hacer á los franceses dos veces vencedores, cuando en realidad debieron darse por muy satisfechos con que nuestra derrota se decidiese de un solo golpe y por una circunstancia imprevista. En efecto, supónese que mientras nuestra ala izquierda era desbaratada en los altos de Mingabril por los alemanes de Leval y los franceses de Latour-Maubourg, nuestro centro y nuestra derecha avanzaban confiadamente y con jubilosa gritería contra las fuerzas de Lassalle, que regía el ala izquierda enemiga; que entonces echando mano Víctor de la reserva de Villatte, dispuso un despliegue de infantería que sobrecogió á los nuestros, con lo cual, y con una acertada embestida de flanco dada por los alemanes que había dejado á nuestra izquierda Latour-Maubourg, se pronunció la derrota segunda de la masa principal de nuestro ejército. Esto no es exacto: la rota de nuestro ejército fué en todas sus partes simultánea, se verificó de una sola vez, al cabo de cinco horas de batalla, durante las cuales pareció estar la fortuna de nuestro lado, y fué efecto de un inexplicable pánico que se apoderó de dos de nuestros mejores regimientos de caballería, el del Infante y el de Almansa, los cuales, volviendo grupas impensadamente, se atropellaron unos á otros y llevaron el desorden á nuestro centro y ala derecha. Ocurrió este desgraciado accidente tan fuera de sazón, que cambió de todo punto la suerte de la batalla, porque cabalmente entonces ganaba terreno por todas partes el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una de las baterías enemigas. Así lo consignan con tests el conde de Toreno y los autores (nada parciales por cierto en favor nuestro) de la curiosa y voluminosa obra francesa que lleva por título: *Victoires et conquêtes des français*, á cuya narración, como á prueba de juicio contradictorio, nos acogemos para vindicar á nuestras armas como corresponde. (N. del T.)

ron disfrutar muy á su sabor de los beneficios de la victoria.

Mientras el mariscal Víctor ganaba esta importante batalla en el camino del Mediodía, el general Sebastiani, verificando por su parte por la Mancha un movimiento análogo, conseguía idénticas ventajas, aunque proporcionadas á la fuerza de su cuerpo. Con su arrogante división francesa, los polacos del general Valence y los dragones de Milhaud, reunía unos doce ó trece mil hombres contra el general español Cartaojal, que sólo contaba con diez y seis ó diez y siete mil, reliquias del antiguo ejército del centro, batido bajo el mando de Castaños en Tudela y bajo el del duque del Infantado en Uclés. Había avanzado más allá del Tajo por Ocaña y Consuegra á Ciudad Real, al mismo tiempo que Víctor había marchado desde Almaraz sobre Trujillo y Medellín. Llegado que hubo el 26 de marzo al Guadiana, envió al otro lado del río al general Milhaud, el cual iba muy delante de la infantería, y habiéndose éste enseñoreado del puente, lo atravesó y repelió al ejército español varias leguas más allá hasta los muros de Ciudad Real. Advirtiendo los españoles que Milhaud no estaba sostenido y que sólo tenía consigo sus dragones, recobraron ánimo y volvieron á formar en batalla; el general Milhaud se replegó con destreza y serenidad al Guadiana, cargando impetuosamente á los que más de cerca le estrechaban, y habiendo recobrado sin pérdida el puente que temerariamente había cruzado, le interceptó y puso en él una fuerza de dragones de infantería para asegurar su defensa.

Al día siguiente, 27, habiendo llegado el general Sebastiani al campo, volvió á tomar la ofensiva sin vacilar. Llevó los dragones y lanceros polacos (2) al otro lado del puente para abrirse paso, obligando al ejército español á ceder el terreno, desfiló después con toda su infantería, y formándola en columna de ataque en el momento de atravesar el puente, acometió al ejército español, aún no recobrado de las cargas de nuestros jinetes. Fué obra de un instante para los soberbios regimientos de la división Sebastiani, que habían hecho las campañas de Austria, Prusia y Polonia, y cuyo ímpetu no podía aguantar tropa ninguna, el arrollar á aquel ejército: los españoles huyeron desordenadamente hacia Ciudad Real abandonando su artillería, dos mil hombres entre muertos y heridos, y cerca de cuatro mil prisioneros. El general Milhaud pasó más allá de Ciudad Real persiguiéndolos hasta Almagro. Al otro día avanzó hasta Sierra Morena, á la entrada de aquellos mismos desfiladeros que habían presenciado la derrota del general Dupont, y allí recogió otros mil prisioneros más y ochocientos heridos. De este modo en los dos días 27 y 28 de marzo, que eran los mismos de la llegada del mariscal Soult á Oporto, inutilizamos al ejército del centro de siete á ocho mil hombres, trece ó catorce mil

(2) Al nombrar este cuerpo ocurresenos nuevamente suplir al silencio del historiador, recordando á los lectores familiarizados con la historia de nuestras modernas campañas, que los lanceros polacos salieron muy malparados el día 24 de marzo de su encuentro con la vanguardia del ejército de Cartaojal, que mandaba don Juan Bermuy. Quisieron retirarse por el camino de Orgaz, y allí tropezaron de nuevo con el vizconde de Zolina, que los deshizo y cogió á muchos de ellos prisioneros. No debiera Mr. Thiers ocultar estos pormenores escribiendo su historia con tanta latitud. (N. del T.)

al ejército de Extremadura, y hubiera el enemigo llegado á perder toda confianza á no estar animado de esa inexplicable presunción que hace perder las batallas quitando el sentimiento de haberlas perdido.

Las dos brillantes victorias que acabamos de narrar colmaron de júbilo á la corte de Madrid y contribuyeron á despejar algún tanto el cuadro sombrío que todos allí se habían formado. Concibió José esperanzas de llegar á ser pronto dueño del Mediodía de España por la marcha del mariscal Víctor á Sevilla, y por la otra, que no cesaba de encargarse con instancias, del general Suchet á Valencia. Reiteró al general Lapisse la orden de bajar de Salamanca á Mérida, en atención á que la reunión de esta división era para el mariscal Víctor una condición indispensable de todo triunfo ulterior. Hasta creía José que bastaría que se presentase el mariscal en las provincias meridionales para que éstas se sometiesen. Tenía consigo al famoso D. Tomás de Morla, tan arrogante con los franceses cuando el suceso de Bailén como humilde cuando la toma de Madrid, acusado sin razón de traidor por sus compatriotas (1), culpable tan sólo de una versatilidad interesada, y refugiado ahora cerca del nuevo monarca contra la injusticia de los partidarios de la antigua dinastía. Tenía Morla en Andalucía numerosas relaciones, merced á las cuales era de esperar que aquella provincia, disgustada de la gobernación de la Junta, cansada de la dominación de los generales, de la tiranía del populacho y de los exorbitantes impuestos con que la esquilaba la guerra, se sometería prontamente al rey José; así que éste lleno por un momento de ilusiones había escrito á Napoleón que no desconfiaba de poder en breve restituírle cincuenta mil hombres de sus mejores tropas para que los emplease en el Austria (2).

(1) De don Tomás Morla ya dejamos anotado lo bastante en otra ocasión. (N. del T.)

(2) *El rey José al emperador.*

«Madrid 28 de marzo de 1809.

»Señor:

»El puente cercano á Almaraz es hoy suficientemente seguro; el tren de sitio podrá muy bien pasar por él como ha pasado el general Senarmon, que acaba de llegar.

»El mariscal Víctor debe hallarse en Mérida: el ejército enemigo iba en plena retirada.

»El general Sebastiani estaba en Madridejos, y hoy creo que estará en Villarreal.

»No tengo noticias del general Soult; pero todo me anuncia un éxito feliz para estas operaciones militares, lo que deseo más que nunca para poder enviar á V. M. cincuenta mil hombres, como espero hacerlo en cuanto se rindan Sevilla y Cádiz.

»Las posiciones de Vizecaya, abandonadas por las tropas, que han tenido que reunirse con sus respectivos cuerpos, inspiran alguna inquietud á los viajeros; he dispuesto la formación de columnas movibles.

»Señor, de V. M. humilde servidor y hermano.

»José.»

El rey José al emperador

«Madrid 2 de abril de 1809.

»Señor:

»El cuerpo del mariscal Víctor acaba de conseguir una completa victoria contra el cuerpo del general Cuesta el día 28, al mismo

Es indudable que en cualquier otro país, dos batallas como las de Medellín y Ciudad Real habrían decidido de la campaña, y aun quizás de toda la guerra; pero los españoles no se desanimaban por tan poco. Concedió la Junta recompensas á todos los que bien ó mal se habían batido; no separó del mando á D. Gregorio de la Cuesta porque empezaba ya á desacreditarse el sistema de vengar los reveses destituyendo á los generales que los habían sufrido; al contrario, le envió refuerzos y dirigió á España y á todas las naciones europeas un nuevo manifiesto denunciando la que llamaba criminal intención de los franceses contra el trono legítimo (3).

Correspondiendo el pueblo á su celo, sublevóse indómito en todos los puntos no sujetos inmediatamente á los franceses, de modo que en rigor el movimiento avanzado del general Sebastiani y del mariscal Víctor hacia el Guadiana fué más bien un aumento de dificultades que una ventaja. En efecto, en el camino de Ciudad Real nos quitó el enemigo varias posiciones; la ciudad de Toledo, viendo al mariscal Víctor alejarse hasta veinte ó treinta leguas de su recinto, estuvo á punto de rebelarse; los habitantes de las montañas que se extienden de Salamanca á Talavera inundaron de guerrillas las orillas del Tietar y del Tajo hasta amagar al puente de Almaraz. Acabábamos apenas de ganar las dos acciones de Medellín y Ciudad Real, y ya teníamos que enviar de Madrid al comandante Mocquery con quinientos hombres para contener á Toledo, y al comandante Bagneris con seiscientos para custodiar el puente de Almaraz. Tuvimos por último que reparar los castillejos de Consuegra y Manzanares para escalar la línea de comunicaciones del general Sebastiani con Madrid (4).

tiempo que el general Sebastiani batía al enemigo en Santa Cruz. Remito á V. M. los partes del mariscal Víctor.

»La división Lapisse ha encontrado á Ciudad Rodrigo en estado de defensa, y la he mandado reunirse en Badajoz con el mariscal Víctor, que, con este refuerzo, puede ya entrar en Sevilla.

»He despachado á Andalucía unas cuantas personas de buena intención y bien reputadas por la junta de Sevilla con objeto de terminar con la sumisión voluntaria de aquella tierra la guerra actual, y de apoderarnos de Cádiz y de las escuadras antes que por desesperación se echen en brazos de los ingleses. Don Tomás de Morla se conduce perfectamente.

»No ha habido noticias del mariscal Soult desde el 10 de marzo.

»El mariscal Ney debe haber emprendido su movimiento contra las reliquias de La Romana y los astures; pero no he recibido de él noticias directas y positivas.

»Estimulo cuanto puedo al duque de Abrantes (*) para que marche sobre Valencia, con la esperanza de acabar la campaña del Mediodía de España antes del estío.

»Ruego á V. M. que no olvide las promociones propuestas por el mariscal Víctor y el general Sebastiani, y que se acuerde de las que de conformidad con el mariscal Víctor le tengo ya pedidas para los oficiales que se distinguieron en Uclés, y á que V. M. me anunció haber accedido.

»Desde los sucesos de Austria deseo más vivamente todavía poner fin á esta guerra, para poder enviar á V. M. cincuenta mil hombres. Recuerdo que V. M. no quiso quitarme fuerza ninguna en Nápoles cuando la última guerra, y recuerdo también que ha habido circunstancias en que un aumento de diez mil buenos soldados habría podido producir un grande acontecimiento.

»Señor, de V. M. devoto servidor y afectuoso hermano.

»José.»

(*) *El duque de Abrantes había vuelto á tomar el mando del tercer cuerpo á fines de marzo.* (N. del A.)

(3) La que en efecto lo era. (N. del T.)

(4) *Fragmento de las Memorias manuscritas del mariscal Jourdan:* «En cualquier otro país de Europa, dos batallas como las de

Así en ese singular país cada victoria, dando más extensión á los puntos que había que guardar y produciendo sólo un desaliento pasajero, debilitaba más bien que vigorizaba al vencedor.

Donde principalmente empezaba á sentirse el mal era en el Norte. El mariscal Ney, activo y enérgico como siempre, había concebido el deseo y la esperanza de someter á Galicia sin imaginarse que pudiesen sus dos arrogantes divisiones, que habían vencido á los ejércitos rusos, flaquear contra unos montañeses fanáticos, que no sabían más que huir cuando no se les proporcionaba algún desfiladero y algún edificio donde hacerse fuertes y batirse á cubierto. Pero pronto quedó desengañado. Teniendo que guardar más de cien leguas de costas desde el cabo Ortegal al desembocadero del Miño; teniendo que defender puntos como el Ferrol y la Coruña, que interceptar las comunicaciones de los naturales con los ingleses, y que contener focos de población como los de Santiago, Vigo, Tuy y Orense, se había visto precisado á bajar con todo su cuerpo hacia el litoral, á abandonar por consiguiente sus comunicaciones con Castilla la Nueva, y hasta á pedir refuerzos, lejos de poder dominar por sí solo, como en un principio se había figurado, todo el Norte de la Península. Nadie se lo imaginaba por cierto de un cuerpo tan aguerrido y tan bien mandado como el suyo; y no porque careciese Ney de inteligencia y de energía, sino por los infinitos obstáculos con que había tropezado. Habiendo el mariscal Soult chocado de pasada con el cuerpo de La Romana sin curarse de lo que podría ser de él, atravesó este cuerpo,

Medellín y Ciudad Real habrían producido la rendición de todos los habitantes de la comarca, y los ejércitos vencedores habrían podido continuar sus operaciones. Pero en España sucedía lo contrario: cuanto mayores eran los descalabros sufridos por los ejércitos nacionales, más dispuestos se mostraban los pueblos á sublevarse y á tomar las armas; cuanto más terreno ganaban los franceses, más peligrosa era su situación. Ya las comunicaciones con el general Sebastiani estaban interceptadas; ya muchos oficiales, muchos correos y algunos destacamentos enteros habían perecido asesinados. Llegó á temerse que se sublevara Toledo, donde no teníamos más que una escasa guarnición. El ayudante comandante Mocquery pudo llegar allí por fortuna muy á tiempo con un refuerzo de quinientos hombres, y con su prudencia y firmeza logró quietar los ánimos y restablecer el orden. Tuvimos que reparar los castillejos de Consuegra y Manzanares y que fortificar algunas otras posiciones en el camino, poniendo en ellas destacamentos que escoltasen á los correos y á los oficiales comisionados de una parte á otra.

»No presentaban las cosas mejor aspecto en la línea de comunicaciones con el primer cuerpo. Las gavillas que se formaban en el Tietar amagaban dirigirse hacia Almaraz y destruir su puente, lo cual si llegaba á ejecutarse, iba á poner en el mayor aprieto al duque de Bellune. Afortunadamente el rey supo con tiempo que aquel mariscal no había creído oportuno dejar en el importantísimo punto de Almaraz más gente que unos cuantos pontoneros y artilleros, y envió allá en seguida seiscientos hombres de infantería y cien caballos de la guarnición de Madrid, al mando del ayudante Bagneris. Este destacamento puso en dispersión aquellas gavillas y aseguró la conservación de los puentes. Además de las obras de campaña que se mandaron construir en las dos orillas del Tajo para defenderlas, se reparó el fuerte de Trujillo para proteger las comunicaciones del primer cuerpo, y pusieron en estado de defensa los de Medellín y el de Mérida, á fin de mantenernos dueños de los pasos del Guadiana para cuando marchásemos sobre Badajoz ó á Andalucía.

»Habiendo mandado el emperador que no penetrasen las tropas en Andalucía hasta que se supiese la llegada del duque de Dalmacia á Lisboa, suspendieron sus operaciones el mariscal Víctor y el general Sebastiani.»

(N. del A.)

según dejamos dicho, la comarca media entre Galicia y León, sorprendió á un batallón francés que había quedado en Villafranca, sublevó al paso el país, asombrado á su presencia y entusiasmado con las noticias de la campaña de Austria, é internóse por último en Asturias, que en vano se proponía el general Bonnet domeñar con dos únicos regimientos. Estos eran los obstáculos que le habían hecho al mariscal Ney acudir á todas partes y batirse doquiera, sin dar en parte alguna con sublevados que por más aleccionados que estuviesen resistieran á su terrible impulso, aunque siempre volvieran á acosarle por la espalda en cuanto lograba batirlos de frente. Así, mientras el general Maurice Mathieu había pasado de orden suya á Mondoñedo para hacer frente á los astures, había tenido él que enviar al general Marchand á Santiago para acabar con mil quinientos insurgentes que allí se habían establecido. Después había tenido que acudir á los puertos de Villagarcía y de Carril, incendiándolos para desviar de allí á los ingleses; y últimamente, sabedor de que los sublevados portugueses sitiaban el depósito de artillería dejado por el mariscal Soult en Tuy, voló en su socorro y tuvo que empeñar sangrientas acciones para libertarlo, lo cual sucedió al tiempo mismo que el general Heudelet se disponía á marchar allí por su lado. En estos varios encuentros destruyó el mariscal Ney más de seis mil espahiles, tomó veintidós cañones y además infinitos pertrechos, procedentes de los ingleses, sin aquietar á los naturales de una manera sensible. Lo que parecerá todavía más extraordinario es que el mariscal Ney, situado en el camino del mariscal Soult, sólo recibió noticias de éste por la columna que había enviado á Tuy, que se había encontrado allí con la del general Heudelet y había sabido de este modo que no habían podido entrar en Oporto hasta el 29 de marzo con antorcha en mano. Con respecto al mariscal Ney, nada se sabía en Madrid de los combates que iba trabando, sino que peleaba sin descanso con los sublevados, y que, aun batiéndolos en todas partes, no podía llegar á asegurar sus comunicaciones con Castilla la Vieja.

Así, á pesar de las victorias de Medellín y Ciudad Real, causó en breve una triste sensación en Madrid el ver que en todos los puntos del Norte de España surgían nuevas partidas, que los correos eran asaltados en todos los caminos, que no había medios de lograr noticias de los mariscales Soult y Ney, y por último, que toda comunicación con ellos había quedado interceptada. El movimiento del general Lapisse, que había salido de Salamanca, atravesado por Alcántara, pasado el Tajo y verificado su anexión con el mariscal Víctor, siempre combatiendo, no había hecho más que favorecer á los sublevados de Castilla la Vieja, que no tenían ya quién los contuviese: así que el general Kéllermann, encargado del mando de esta provincia, se había apresurado á enviar á Madrid la noticia de que todo el Norte iba á sacudir el yugo de los franceses si no se procedía con más vigor contra las partidas que lo infestaban. Aunque el mariscal Víctor se había reforzado con la llegada del general Lapisse, como era tan grande la inquietud por lo que ocurría en el Norte de España, como no se sabía cuál había sido la suerte del mariscal Soult, y se ignoraba si podría ó no abrirse paso hasta Lisboa, no parecía conveniente distraer los ejércitos de Extrema-

dura y la Mancha para llevarlos al Mediodía y agravar la dificultad de las comunicaciones aumentando la extensión del territorio ocupado. Así, pues, se resolvió esperar á que se apaciguasen las provincias septentrionales y llegasen nuevas de Soult, antes de proseguir la ejecución del plan que Napoleón había trazado (1).

Muy oportunamente pensaron el rey José y el mariscal Jourdan enviar á Valladolid desde las cercanías de Logroño, donde permanecía inmóvil por orden de Napoleón, al mariscal Mortier para restablecer las comunicaciones con el mariscal Ney y socorrer en caso necesario al mariscal Soult, si este último llegaba á verse en una situación apurada, como empezaba á temerse. Nada más justo que semejante combinación, puesto que el mismo Napoleón lo dispuso desde lo interior de Alemania al recibir los partes de España; pero mientras no fuese conocida allende el Pirineo su última voluntad, expresada en el Danubio, el mariscal Mortier, que había recibido la orden expresa de permanecer en Logroño, no podía cargar con la responsabilidad de desobedecerle, y así no se atrevió á hacer lo que quería José. ¡Grave inconveniente anejo á toda operación dirigida desde lejos! El rey José había escrito á Mortier prescribiéndole que pasase á Valladolid, y el mariscal fluctuaba en el mayor embarazo entre las órdenes recibidas de París y las de Madrid; sin embargo, como por vía de transacción consintió en trasladarse á Burgos; pero esto no bastaba para contener á los sublevados del Norte y restablecer las comunicaciones con los mariscales Ney y Soult. Destacáronse entonces del ejército de Aragón, á modo de préstamo momentáneo, dos regimientos que se creía no le hacían falta después de tomada Zaragoza, y se enviaron al general Kéllermann.

Sacáronse de Segovia y sus alrededores un batallón polaco y otro alemán, que fueron substituidos con tropas de la guarnición de Madrid. Tomáronse otros varios destacamentos de la guarnición de Burgos y formóse con todas estas fuerzas para el general Kéllermann un cuerpo de siete ú ocho mil hombres, con el cual debía dirigirse á Galicia para restablecer las comunicaciones

(1) Aprovechamos el orden cronológico para intercalar aquí ciertos actos del gobierno intruso, y de sus generales que el historiador francés omite. Bajo la impresión de las dos victorias de Medellín y Ciudad Real intentó el rey José entrar en acomodamiento con la Junta de Sevilla: no sabemos qué fruto sacó de la comisión que de la narración y nota antecedentes inferimos dió á Morla; pero sí que salió muy poco airoso de la que dió al antiguo magistrado don Joaquín María Sotelo, quien recibió de dicha Junta por única respuesta *que si traía poderes bastantes para tratar de la restitución de su legítimo rey, y de que las tropas francesas evacuasen al instante todo el territorio español, los hiciese públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y sería oído*. Iguales tentativas é igualmente infructuosas, se hicieron al mismo tiempo por la parte de la Mancha, escribiendo el general Sebastiani cartas á Jovellanos, que era individuo de la Central, al ministro de Hacienda don Francisco de Saavedra y al general Venegas, que mandaba el ejército de la Carolina. Esta curiosa correspondencia se insertó íntegra en el suplemento á la Gaceta del gobierno de Sevilla de 12 de mayo, con las contestaciones que se dieron al general francés, y que por cierto honran mucho á sus autores. Pudiera haberlas consultado Mr. Thiers para aprender á juzgar de muy distinto modo las cosas de España; en ellas habría visto que los españoles de entonces no lidiábamos por la Inquisición ni por interés de los grandes de España, sino (como decía en su elocuente carta Jovellanos) por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia. (N. del T.)

interceptadas en las provincias del Norte. Estas varias incorporaciones no quedaron terminadas hasta el 27 de abril, y el general Kéllermann no llegó hasta el 2 de mayo á Lugo, después de haber estado sosteniendo en todo el camino el tiroteo con las gavillas de la comarca. Encontró el general Mauricio Mathieu en Lugo, adonde se había trasladado por disposición del mariscal Ney, para volver á abrir sus comunicaciones con Castilla la Vieja. Reconocieron estos generales que todo el mal procedía principalmente de que unos se habían internado en Portugal y otros en la vertiente marítima de Galicia sin haber antes batido al marqués de La Romana; y convinieron en que le perseguirían por Asturias y procurarían destruirle allí, con lo cual lograrían la doble ventaja de pacificar aquella tierra y de eliminar del teatro de la guerra al motor de todas las sublevaciones del Norte de España. Adoptando este plan, convínose en que el mariscal Ney marchase á Asturias por la vía de Lugo á Oviedo y el general Kéllermann fuese también allá por la vía de León, con lo cual era de esperar que quedaría envuelto el marqués de La Romana estrechándole en dos opuestos sentidos. Así se separaron los dos cuerpos con la firme resolución de contribuir lo mejor que pudiesen á su mutuo triunfo.

Pasó todo el mes de abril en tristes tentativas de resultados de la incertidumbre en que se estaba en Madrid acerca de la suerte del mariscal Soult y por causa también de la impotencia en que estaba el rey de dirigir á su gusto, y según las necesidades actuales, á los generales franceses que operaban en España. Como no se sabía lo que había sido del mariscal Soult, no se atrevía José á enviar el cuerpo del mariscal Víctor sobre Badajoz y Sevilla. Por otra parte, no disponiendo completamente de los generales, no podía dirigir al mariscal Mortier en pos de los mariscales Soult y Ney. Malogróbase, pues, el mes más importante del año, en el que se habrían podido lograr contra españoles é ingleses los resultados más decisivos. La única operación que en esta época tan preciosa se llevó á cabo por el lado de Extremadura, fué traer el cuerpo del mariscal Víctor de Medellín á Alcántara para ahuyentar á los sublevados españoles y portugueses de esta última población, de la cual se habían enseñoreado. Querían al principio el rey José y el mariscal Jourdan oponerse al movimiento retrógrado del mariscal Víctor, temiendo el mal efecto que pudiera producir en Andalucía; pero decidieron por fin dejarle obrar, por informes recibidos de un espía procedente de Oporto, que les anunció hallarse el mariscal Soult en situación sumamente crítica y los ingleses nuevamente desembarcados en Lisboa. La posibilidad de que por aquel lado ocurriese algún desastre, hacía indispensable la posesión de Alcántara, porque por este punto y el Tajo era por donde podía recibir más directamente socorro el ejército de Portugal. Tomamos, pues, de nuevo á Alcántara, los sublevados fueron pasados á cuchillo é inmediatamente después el mariscal Víctor regresó por Almaraz á Trujillo, para impedir que el general D. Gregorio de la Cuesta volviese á ocupar las posiciones de que se le había desalojado marchando sobre Medellín.

Las noticias indirectas recibidas de Oporto eran por desgracia muy fundadas, y la posición en que se hallaba allí el mariscal Soult difícilísima durante el mes de